

Homilía de D. Celso en la eucaristía por Benedicto XVI y convivencia sacerdotal anual.

Queridos fieles:

“Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: ‘Levantaos, no temáis’”, hemos escuchado en el Evangelio.

Acababan los tres apóstoles, Pedro, Santiago y su hermano Juan, de contemplar el milagro de la transfiguración del Señor y “estaban llenos de espanto”, pero, al mismo tiempo, llenos de gozo: “Señor, ¡qué bien se está aquí!”. Sin embargo, “al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús sólo”. Es lo que nos sucede, aquí y ahora, en la Eucaristía y en los sagrarios de nuestras iglesias. Está Jesús sólo. Ayer, en la fiesta de la Epifanía, me vino este pensamiento al recitar la oración de la postcomunión de la solemnidad. También los Magos vieron sólo un Niño, sin esplendores, ni milagros, en la pobreza y la sencillez, pero no dudaron en “adorarlo” y ofrecerle sus regalos. Descubrieron en aquel Niño a Aquel a quien buscaban después de un largo, fatigoso y peligroso camino por la soledad del desierto y por las bulliciosas calles de Jerusalén, bien vigiladas por Herodes.

Queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas, ¡celebrems esta Eucaristía, celebremos siempre la Eucaristía, con esta misma fe y disposición de los magos! ¡Adoración y comunión! ¡Adoración y unión íntima con Él!

Es lo que pido al Señor para vosotros, queridos sacerdotes, que hoy celebráis vuestras bodas de oro y plata sacerdotales. Una sentida y cariñosa felicitación de parte de todos, sacerdotes y fieles.

Todos hoy pedimos, especialmente en esta Eucaristía, por vuestra fidelidad a la vocación sacerdotal recibida, que es el gran tesoro que lleváis –que llevamos todos- en vasos de barro, como nos advierte San Pablo.

A lo largo de este año jubilar, tendréis ocasión de celebrar estos gozosos aniversarios en vuestras comunidades, con vuestros familiares y amigos. Hoy lo celebráis con todo el presbiterio diocesano y numerosos fieles, porque vuestro ministerio sacerdotal es vivido y ejercitado, por voluntad del mismo Señor, no en soledad, no individualmente, sino en comunión sacramental con vuestro obispo y vuestros hermanos, que pertenecen al mismo presbiterio diocesano y al presbiterio de la Iglesia universal, en servicio a todo el Pueblo de Dios.

¡Enhorabuena! Gracias de parte de la Iglesia diocesana por vuestra fidelidad, por vuestro trabajo apostólico durante estos largos años, que solo Dios conoce, con gozos y alegrías, pero también con dificultades y penas, con limitaciones de salud o de convivencia mutua.

En esta mañana, todo lo ponemos en el altar, como lo hacemos todos los días al celebrar la Eucaristía. Confeccionar la Eucaristía para el Pueblo de Dios es el motivo principal de nuestro

sacerdocio ministerial y es la fuente y la cumbre de toda nuestra vida, que significa no perder de vista a Jesús, ni el servicio, por amor, a los hermanos. Ahí encontramos todo o lo podemos perder todo si la celebramos habitualmente con rutina, sin piedad, sin amor, sin fe viva.

¡Ese ejemplo y qué ejemplo nos ha dejado Benedicto XVI! Damos gracias a Dios, nuestro Señor, por esa herencia tan rica de doctrina y de ejemplo cristiano, sacerdotal, que ha dejado a la Iglesia. Nos unimos como Iglesia diocesana, a la acción de gracias, expresada por el papa Francisco en la homilía de la Misa de Exequias: “Como las mujeres del Evangelio en el sepulcro -decía el Santo Padre el jueves pasado- estamos aquí con el perfume de la gratitud y el ungüento de la esperanza para demostrarle, una vez más, ese amor que no se pierde; queremos hacerlo con la misma unción, sabiduría, delicadeza y entrega que él supo esparcir a lo largo de los años. Queremos decir juntos: ‘Padre, en tus manos encomendamos su espíritu’. Benedicto, fiel amigo del Esposo, que tu gozo sea perfecto al oír definitivamente y para siempre su voz”. Quiero, por último, con sencillez y humildad, pedir os que os unáis a mi acción de gracias porque, por medio suyo, recibí la consagración episcopal, el 5 de febrero de 2011 en la basílica de San Pedro.

Es una gracia muy grande que no puedo ni debo ocultar y de la cual toda la Iglesia particular de Mérida-Badajoz se ha beneficiado, a pesar de mis pecados, deficiencias y limitaciones. Estos días, he estado repasando la homilía de aquella ordenación episcopal de cinco nuevos obispos, que finalizaba con estas palabras: “Sí, por esto rezamos en esta hora por vosotros, queridos amigos. Por tanto, desplegad las velas de vuestras almas, las velas de la fe, de la esperanza, del amor, a fin de que el Espíritu Santo pueda hincharlas y concederos un viaje bendito como pescadores de hombres en el océano de nuestro tiempo”.

Eso mismo pido al Señor para todos vosotros, queridos hermanos sacerdotes, en especial para quienes celebráis estos aniversarios tan llenos de significación espiritual y para todos vosotros queridos fieles, ya que todos los cristianos somos pescadores de hombres en este inmenso, bello y complicado océano de nuestro tiempo, con la ayuda de María, nuestra Madre, y de san José, que siempre están junto al Niño en estas entrañables fiestas de Navidad.

+Celso Morga Iruzubieta
Arzobispo de Mérida-Badajoz